

XI. EJEMPLOS MODERNOS DE ORACIÓN

«Cuando la libélula rompe su capullo y se reviste, en una limpia placa de malla de zafiro, suyo es un peregrinaje de uno o dos días soleados sobre los campos y pastos húmedos de rocío, y sin embargo nada puede superar la maravillosa belleza con que está ataviada. Ninguna flor en la tierra tiene un azul más rico que el color puro de su coraza. Así es en la alta esfera espiritual. La más completa hermosura espiritual puede obtenerse en el tiempo más breve, y el jovenzuelo puede morir de cien años, en carácter y gracia».—Historia de David Brainerd

Dios no se ha limitado a los días de la Biblia para mostrar lo que puede hacerse mediante la oración. En los tiempos modernos, también, Él es visto como el mismo Dios que oye la oración que en otro tiempo. Aun en estos postreros días no se ha dejado a Sí mismo sin testimonio. La biografía religiosa y la historia de la Iglesia, por igual, nos proporcionan muchos nobles ejemplos y llamativas ilustraciones de la oración, su necesidad, su valor y sus frutos, todos tendientes al estímulo de la fe de los santos de Dios y todos urgiéndolos a una oración cada vez mayor y mejor. Dios no se ha limitado a los tiempos del Antiguo y del Nuevo Testamento para emplear hombres de oración como Sus agentes en el fomento de Su causa en la tierra, y Él se ha puesto bajo obligación de responder sus oraciones tanto como lo hizo con los santos de la antigüedad. Una selección de estos santos orantes de los tiempos modernos nos mostrará cómo valoraban la oración, qué significaba para ellos, y qué significaba para Dios.

Tomemos, por ejemplo, el caso de Samuel Rutherford, el predicador escocés, desterrado al norte de Escocia, prohibido de predicar, y desterrado de su hogar y de su cargo pastoral. Rutherford vivió entre 1600 y 1661. Fue miembro de la Asamblea de Westminster, Principal del New College, y Rector de la Universidad de St. Andrews. Se dice que fue uno de los predicadores más conmovedores y afectuosos de su tiempo, o, quizás, de cualquier época de la Iglesia. Los hombres decían de él: «Siempre está orando», y en cuanto a la oración de él y de su esposa, uno escribió: «Quien los hubiera oído orar o hablar, podría haber aprendido a

lamentar su propia ignorancia. ¡Oh, cuántas veces he sido convencido, al observarlos, del mal de la insinceridad delante de Dios y de la desabridez en el discurso! Él oraba tanto por su pueblo que él mismo dice: “Allí luché con el Ángel y prevaleció”».

Se le ordenó comparecer ante el Parlamento para responder al cargo de alta traición, aunque era un hombre de logros académicos y raro genio. A veces estaba deprimido y sombrío; especialmente fue este el caso cuando fue desterrado y silenciado de la predicación por primera vez, pues había muchas murmuraciones y cargos contra él. Pero sus pérdidas y cruces fueron tan santificadas que Cristo llegó a ser cada vez más para él. Maravillosas son las declaraciones de su estimación de Cristo. Este devoto hombre de oración escribió muchas cartas durante su destierro a predicadores, a oficiales del estado, a señores temporales y espirituales, a hombres honrados y santos, a mujeres honradas y santas, todas respirando una intensa devoción a Cristo, y todas nacidas de una vida de gran devoción a la oración.

El ardor y el anhelo por Dios han sido características de las grandes almas en todas las épocas de la Iglesia, y Samuel Rutherford fue un ejemplo sorprendente de este hecho. Fue un ejemplo vivo de la verdad de que quien ora siempre, estará envuelto en devoción y unido a Cristo en vínculos de santa unión.

Luego estaba Henry Martyn, erudito, santo, misionero y apóstol a la India. Martyn nació el 18 de febrero de 1781, y zarpó hacia la India el 31 de agosto de 1805. Murió en Tokat, Persia, el 16 de octubre de 1812. He aquí parte de lo que dijo sobre sí mismo mientras era misionero:

«¡Qué conocimiento del hombre y familiaridad con las Escrituras, y qué comunión con Dios y estudio de mi propio corazón deberían prepararme para la obra terrible de un mensajero de Dios en asuntos del alma!»

Dijo uno acerca de este misionero consagrado:

«¡Oh, poder emular sus excelencias, su elevación de piedad, su diligencia, su superioridad al mundo, su amor por las almas, su ansiedad por aprovechar todas las ocasiones para hacer bien a las almas, su perspicacia en el misterio de Cristo,

y su temperamento celestial! Estos son los secretos de la impresión maravillosa que causó en la India.»

Es interesante y provechoso notar algunas de las cosas que Martyn registra en su diario. He aquí un ejemplo:

«Los caminos de la sabiduría me parecen más dulces y razonables que nunca», dice, «y el mundo más insípido y vejatorio. Lo principal por lo que lloro es mi falta de poder, y falta de fervor en la oración secreta, especialmente cuando intento interceder por los paganos. El calor no aumenta dentro de mí en proporción a mi luz.»

Si Henry Martyn, tan devoto, ardiente y dado a la oración, lamentaba su falta de poder y falta de fervor en la oración, ¿cómo debería nuestra fría y débil oración abatirnos hasta el mismo polvo? ¡Ay, qué raros son tales hombres de oración en la Iglesia de nuestros propios días!

De nuevo citamos un registro de su diario. Había estado bastante enfermo, pero se había recuperado y estaba lleno de gratitud porque había placido a Dios restaurarlo a la vida y la salud nuevamente.

«No es que haya recuperado aún mi fuerza anterior», dice, «pero me considero suficientemente restaurado para proseguir mi viaje. Mi oración diaria es que mi reciente castigo tenga su efecto previsto, y me haga, todos los días restantes de mi vida, más humilde y menos confiado en mí mismo.

»La confianza en mí mismo me ha llevado a menudo a longitudes temibles, y probaría mi perdición sin fin, sin la graciosa intervención de Dios. Parece que estoy hecho para sentir este mal de mi corazón más que cualquier otro en este tiempo. En la oración, o cuando escribo o converso sobre el tema, Cristo me parece mi vida y mi fuerza; pero en otros momentos soy irreflexivo y audaz, como si tuviera toda la vida y la fuerza en mí mismo. Tales descuidos de nuestra parte son una disminución de nuestros gozos.»

Entre las últimas entradas en el diario de este misionero consagrado encontramos lo siguiente:

«Me senté en el huerto y pensé, con dulce consuelo y paz, en mi Dios, en soledad, mi Compañía, mi Amigo, mi Consolador. ¡Oh, cuándo dará el tiempo lugar a la eternidad!»

Noten las palabras, «en soledad», lejos de los concurridos parajes de los hombres, en un lugar solitario, como su Señor, salió a meditar y orar.

Breve como es este resumen, basta para mostrar cuán plena y fielmente Henry Martyn ejerció su ministerio de oración. Lo siguiente bien puede servir para terminar nuestro retrato de él:

«Al pesar diariamente las Escrituras, con oración, maduraba más y más en su ministerio. La oración y las Sagradas Escrituras eran aquellos pozos de salvación de los cuales sacaba diariamente el agua viva para su alma inmortal sedienta. Verdaderamente puede decirse de él, oraba siempre con toda oración y súplica, en el Espíritu, y velaba en ello con toda perseverancia.»

David Brainerd, el misionero a los indios, es un ejemplo notable de un hombre de Dios dado a la oración. Robert Hale habla así de él:

«Tal paciencia invencible y abnegación; tal humildad profunda, exquisita prudencia, industria infatigable; tal devoción a Dios, o más bien tal absorción de toda el alma en celo por la gloria divina y la salvación de los hombres, apenas tiene paralelo desde la era de los Apóstoles. Tal era el intenso ardor de su mente que parece haber difundido el espíritu de un mártir sobre los incidentes comunes de su vida.»

El Dr. A. J. Gordon habla así de Brainerd:

«Al pasar por Northampton, Mass., entré en el viejo cementerio, quité la nieve que yacía sobre la losa, y leí estas simples palabras:

»“Sagrado a la memoria de David Brainerd, el fiel y devoto misionero a los indios Susquehanna, Delaware y Stockbridge de América, que murió en este pueblo, el 8 de octubre de 1717.”

»Eso era todo lo que había en la losa. Ahora bien, ese gran hombre hizo su obra más grande mediante la oración. Estaba en las profundidades de aquellos

bosques solo, incapaz de hablar el idioma de los indios, pero pasaba días enteros literalmente en oración. ¿Por qué oraba? Sabía que no podía alcanzar a estos salvajes, pues no entendía su idioma. Si quería hablar en absoluto, debía encontrar a alguien que pudiera interpretar vagamente su pensamiento. Por lo tanto, sabía que cualquier cosa que pudiera hacer debía depender absolutamente de Dios. Así que pasaba días enteros orando, simplemente que el poder del Espíritu Santo viniera sobre él de manera tan inconfundible que estas personas no pudieran estar de pie ante él.

»¿Cuál fue su respuesta? Una vez predicó a través de un intérprete ebrio, un hombre tan intoxicado que apenas podía mantenerse en pie. Esto era lo mejor que podía hacer. Sin embargo, decenas fueron convertidos mediante ese sermón. Solo podemos explicarlo por el tremendo poder de Dios detrás de él.

»Ahora bien, este hombre oraba en secreto en el bosque. Un poco después, William Carey leyó su vida, y por su impulso fue a la India. Payson lo leyó siendo un joven de más de veinte años, y dijo que nunca había sido tan impresionado por nada en su vida como por la historia de Brainerd. Murray McCheyne lo leyó, y él igualmente quedó impresionado por él.

»Pero todo lo que me importa es simplemente reforzar este pensamiento, que la vida oculta, una vida cuyos días se pasan en comunión con Dios, en tratar de alcanzar la fuente de poder, es la vida que mueve el mundo. Los que viven tales vidas pueden ser pronto olvidados. Puede que no haya nadie que pronuncie un elogio sobre ellos cuando estén muertos. El gran mundo puede no tenerlos en cuenta. Pero a su debido tiempo, la gran corriente en movimiento de sus vidas comenzará a hacerse sentir, como en el caso de este joven, que murió a la edad de unos treinta años. El espíritu misionero de este siglo diecinueve se debe más a las oraciones y consagración de este solo hombre que a cualquier otro. »Así digo. Y sin embargo, lo más notable es que Jonathan Edwards, que veló sobre él todos aquellos meses mientras moría lentamente de tisis, también dijera: “Alabo a Dios porque fue en Su Providencia que muriera en mi casa, para que yo pudiera oír sus oraciones, y para que yo pudiera ser testigo de su consagración, y para que yo pudiera ser inspirado por su ejemplo.”

»Cuando Jonathan Edwards escribió aquel gran llamamiento a la cristiandad para unirse en oración por la conversión del mundo, que ha sido el toque de trompeta de las misiones modernas, indudablemente fue inspirado por este misionero moribundo.»

Al espíritu de David Brainerd, John Wesley dio este testimonio:

«Prediqué y después hice una colecta para las escuelas indias en América. Una gran suma de dinero se ha recogido ahora. Pero ¿convertirá el dinero a los paganos? Encuentren predicadores del espíritu de David Brainerd, y nada podrá estar delante de ellos. Pero sin esto, ¿qué harán el oro o la plata? No más que el plomo o el hierro.»

Algunas selecciones del diario de Brainerd serán de valor para mostrar qué clase de hombre era:

«Mi alma sintió una preocupación agradable pero dolorosa», escribe, «no sea que pase algunos momentos sin Dios. ¡Oh, que siempre viva para Dios! Por la tarde fui visitado por algunos amigos, y pasé el tiempo en oración, y en tal conversación que tendía a la edificación. Fue una estación confortable para mi alma. Sentí un ardiente deseo de pasar cada momento con Dios. Dios es indeciblemente gracioso conmigo continuamente. En tiempos pasados, Él me ha dado inexpresable dulzura en el cumplimiento del deber. Frecuentemente mi alma ha disfrutado mucho de Dios, pero ha estado lista para decir: “Señor, es bueno estar aquí”; y así entregarme a la pereza mientras he vivido de la dulzura de mis sentimientos. Pero últimamente ha placido a Dios mantener mi alma hambrienta casi continuamente, de modo que he estado lleno de una especie de dolor agradable. Cuando realmente disfruto de Dios, siento mis deseos de Él más insaciables, y mis sed de santidad más inextinguible.

»¡Oh, que pueda sentir esta hambre continua, y no ser retrasado, sino más bien animado por cada racimo de Canaán, para avanzar en el camino estrecho, por el pleno disfrute y posesión de la herencia celestial! ¡Oh, que nunca me demore en mi viaje celestial!

»Parece como si un miserable tan impío como yo nunca pudiera llegar a esa bienaventuranza, de ser santo como Dios es santo. Al mediodía anhelé la santificación y la conformidad con Dios. ¡Oh, eso es lo único, el todo!

»Hacia la noche disfruté mucha dulzura en la oración secreta, de modo que mi alma anhelaba una llegada al país celestial, el bendito paraíso de Dios.»

Si se indaga sobre el secreto del espíritu celestial de David Brainerd, su profunda consagración y exaltado estado espiritual, la respuesta se encontrará en la última frase citada arriba. Se entregó a mucha oración secreta, y estuvo tan cerca de Dios en su vida y espíritu que la oración produjo mucha dulzura a su alma interior.

Hemos citado los casos precedentes como ilustrativos del gran hecho fundamental de que los grandes siervos de Dios son hombres dedicados al ministerio de la oración; que son los agentes de Dios en la tierra que le sirven de esta manera, y que llevan a cabo su obra por este medio santo.

Louis Harms nació en Hannover, en 1809, y luego llegó un tiempo en que fue poderosamente convencido de pecado. Dijo: «Nunca he conocido lo que era el miedo. Pero cuando llegué al conocimiento de mis pecados, temblé ante la ira de Dios, de modo que mis miembros temblaban.» Fue poderosamente convertido a Dios mediante la lectura de la Biblia. El racionalismo, una ortodoxia muerta y la mundanidad, retenían a las multitudes alrededor de Hermansburgo, su ciudad natal. Su padre, un ministro luterano, al morir, él se convirtió en su sucesor.

Comenzó con toda la energía de su alma a trabajar para Cristo, y a desarrollar una iglesia de un tipo puro y fuerte. El fruto pronto fue evidente. Hubo un avivamiento por todas partes, la asistencia a los servicios públicos aumentó, la reverencia por la Biblia creció, la conversación sobre cosas sagradas revivió, mientras que la infidelidad, la mundanidad y la ortodoxia muerta desaparecieron como una nube pasajera. Harms proclamaba un Cristo consciente y presente, el Consolador, en toda la energía de su misión, el avivamiento de la piedad y el poder apostólicos. Todo el vecindario se convirtió en asistentes regulares a la iglesia, el sábado fue restaurado a su santidad, y santificado con

estricta devoción, se erigieron altares familiares en los hogares, y cuando sonaba la campana del mediodía, cada cabeza se inclinaba en oración. En muy poco tiempo todo el aspecto del país cambió completamente. El avivamiento en Hermansburgo fue esencialmente un avivamiento de oración, producido por la oración y dando frutos de oración en una rica y abundante cosecha.

William Carvosso, un antiguo líder de clase metodista, fue uno de los mejores ejemplos que los tiempos modernos han ofrecido de lo que era probablemente la vida religiosa de los cristianos en la era apostólica. Fue líder de oración, líder de clase, administrador y fideicomisario, pero nunca aspiró a ser predicador. Sin embargo, predicador lo fue de la primera calidad, y un maestro en el arte y la ciencia de la salvación de almas. Fue un caso singular de un hombre que aprendió los rudimentos más simples tarde en la vida. Hasta la edad de sesenta y cinco años nunca había escrito una sola frase, sin embargo escribió cartas que harían volúmenes, y un libro que fue considerado como un clásico espiritual en la gran Iglesia Metodista mundial.

No se cree que jamás escribiera una página ni una carta sobre ningún otro tema que no fuera la religión. He aquí algunas de sus breves declaraciones que nos dan una idea de su carácter religioso. «Quiero ser más como Jesús.» «Mi alma te anhela a Ti, oh Dios.» «Veo que nada servirá, oh Dios, sino ser continuamente lleno de Tu presencia y gloria.»

Este era el clamor continuo de su alma interior, y este era el fuerte impulso interior que movía al hombre exterior. En un momento lo oímos exclamar: «¡Gloria a Dios! Esta es una mañana sin nube.» Los días sin nubes eran nativos de su soleada religión y su alegre espíritu. La oración continua y volver toda conversación hacia Cristo en cada compañía y en cada hogar, era la ley inexorable que seguía, hasta que fue recogido a casa.

En el aniversario de su nacimiento espiritual, cuando nació de nuevo, en gran gozo de espíritu lo recuerda, y prorrumpe: «¡Bendito sea Tu nombre, oh Dios! El último ha sido el mejor de todos. Puedo decir con Bunyan: “He llegado a esa

tierra donde el sol brilla de noche y de día.” Te doy gracias, oh mi Dios, por este cielo, este elemento de amor y gozo, en el que mi alma ahora vive.»

He aquí una muestra de las experiencias espirituales de Carvosso, de las cuales tuvo muchas:

«A veces he tenido estaciones de visitación notable de la presencia del Señor», dice. «Recuerdo bien una noche en la cama estando tan lleno, tan dominado por la gloria de Dios, que si hubiera habido mil soles brillando al mediodía, el resplandor de esa gloria divina habría eclipsado el todo. Fui constreñido a gritar en voz alta de gozo. Era el poder abrumador de la gracia salvadora. Ahora fue cuando de nuevo recibí la impresión del sello y las arras del Espíritu en mi corazón. Contemplando como en un espejo la gloria del Señor fui transformado en la misma imagen de gloria en gloria por el Espíritu del Señor. El lenguaje falla al dar solo una débil descripción de lo que allí experimenté. Nunca puedo olvidarlo en el tiempo ni en toda la eternidad.

»Muchos años antes fui sellado por el Espíritu de manera algo similar. Mientras caminaba un día, fui movido a apartarme en el camino público, y bajo el dosel de los cielos, fui movido a arrodillarme para orar. No había estado mucho tiempo orando con Dios antes de ser tan visitado de Él que fui dominado por la gloria divina, y grité hasta que pude ser oído a distancia. Era un peso de gloria que parecía incapaz de soportar en el cuerpo, y por lo tanto clamé, tal vez imprudentemente: Señor, detén Tu mano. En este glorioso bautismo estas palabras vinieron a mi corazón con poder indescriptible: “Te he sellado para el día de la redención.”

»¡Oh, anhelo ser llenado más de Dios! Señor, avívame más en serio. Quiero ser más como Jesús. Veo que nada servirá sino ser continuamente lleno de la presencia y gloria divinas. Sé que todo lo que Tú tienes es mío, pero quiero sentir una unión estrecha. Señor, aumenta mi fe.»

Tal era William Carvosso: un hombre cuya vida estaba impregnada del espíritu de oración, que vivía de rodillas, por así decirlo, y que pertenecía a esa compañía de santos orantes que ha bendecido la tierra.

Jonathan Edwards debe ser colocado entre los santos orantes, uno a quien Dios usó poderosamente por medio de la instrumentalidad de la oración. Como en el caso del gran neoinglés, la pureza de corazón debería estar arraigada en las mismas áreas fundamentales de todo hombre que es un verdadero líder de sus semejantes, un ministro del Evangelio de Cristo y un practicante constante del santo oficio de la oración. Una muestra de las expresiones de este poderoso hombre de Dios se da aquí en la forma de una resolución que él formuló y escribió:

«Resuelto», dice, «a ejercitarme en esto toda mi vida, a saber, con la mayor franqueza a declarar mis caminos a Dios, y a abrir mi alma a Dios: todos mis pecados, tentaciones, dificultades, tristezas, temores, esperanzas, deseos, y todo y cada circunstancia.»

No nos sorprende, por lo tanto, que el resultado de una oración tan ferviente y honesta fuera llevarlo a registrar en su diario:

«Era mi continua lucha día y noche, y mi constante indagación sobre cómo debería ser más santo, y vivir más santamente. El cielo que deseaba era un cielo de santidad. Continuaba con mi ardiente búsqueda de más santidad y conformidad con Cristo.»

El carácter y la obra de Jonathan Edwards fueron ejemplificaciones de la gran verdad de que el ministerio de la oración es el agente eficiente en toda obra y vida verdaderamente ordenada por Dios. Él mismo da algunos detalles sobre su vida cuando era niño. Bien podría ser llamado el «Isaías de la dispensación cristiana». Había en él unidos grandes poderes mentales, ardiente piedad y devoción al estudio, sin igual salvo por su devoción a Dios. Esto es lo que dice sobre sí mismo:

«Cuando era niño solía orar cinco veces al día en secreto, y pasar mucho tiempo en conversación religiosa con otros niños. Solía reunirme con ellos para orar juntos. Así es la voluntad de Dios, por medio de Su maravillosa gracia, que las oraciones de Sus santos sean uno de los grandes y principales medios para

llevar adelante los designios del reino de Cristo en el mundo. Oren mucho por los ministros y la Iglesia de Dios.»

Los grandes poderes de la mente y el corazón de Edwards fueron ejercidos para procurar una unión acordada en oración extraordinaria del pueblo de Dios en todas partes. Su vida, sus esfuerzos y su carácter son una ejemplificación de su declaración.

«El cielo que deseo», dice, «es un cielo pasado con Dios; una eternidad pasada en la presencia del amor divino, y en santa comunión con Cristo.»

En otra ocasión dijo:

«El alma de un verdadero cristiano aparece como una pequeña flor blanca en la primavera del año, baja y humilde en el suelo, abriendo su seno para recibir los agradables rayos de la gloria del sol, regocijándose por así decirlo en un arrebatado calmo, difundiendo alrededor una dulce fragancia, permaneciendo pacífica y amorosamente en medio de otras flores.»

De nuevo escribe:

«Una vez, mientras cabalgaba en el bosque por mi salud, habiendo desmontado de mi caballo en un lugar retirado, como ha sido mi costumbre caminar para la contemplación divina y la oración, tuve una visión, que para mí fue extraordinaria, de la gloria del Hijo de Dios como Mediador entre Dios y el hombre, y de Su maravillosa, grande, plena, pura y dulce gracia y amor, y Su manso y gentil condescendencia. Esta gracia que parecía tan calma y dulce, aparecía también grande por encima de los cielos. La persona de Cristo apareció inefablemente excelente con una excelencia lo suficientemente grande como para absorber todo pensamiento y concepción, lo cual continuó, según puedo juzgar, cerca de una hora. Me mantuvo la mayor parte del tiempo en un torrente de lágrimas y llanto en voz alta. Sentí un ardor de alma por ser, lo que no sé de otra manera cómo expresar, vaciado y aniquilado, para yacer en el polvo; para estar lleno de Cristo solo, para amarlo con todo mi corazón.»

Como fue con Jonathan Edwards, así es con todos los grandes intercesores. Llegan a esa condición santa y electa de mente y corazón por una dedicación completa de sí mismos a Dios, por períodos de revelación de Dios a ellos, haciendo distintas eras marcadas en su historia espiritual, eras que nunca deben ser olvidadas, en las cuales la fe se eleva con alas como águilas, y se le ha dado una visión nueva y más plena de Dios, un agarre más fuerte de la fe, una visión más dulce y clara de todas las cosas celestiales y eternas, y una bendita intimidad con Dios y acceso a Él.